

LIBROS

ANTONI SEGURA (2013). Estados Unidos, el islam y el nuevo orden mundial. De la crisis de los rehenes de 1979 a la primavera árabe. Madrid: Alianza Editorial, 375 págs.

El libro de Antoni Segura es un manual valioso para estudiantes y estudiosos sobre relaciones internacionales y el mundo árabe-musulmán que condensa una enorme cantidad de información combinada con una ágil forma de narrar los hechos, trufados de detalles, anécdotas y citas que enriquecen el texto. *Estados Unidos, el islam y el nuevo orden mundial* no solo invita a la reflexión, también entretiene. Su autor, además de ser un experimentado profesor y un hábil analista, es un excelente comunicador, de agradecer cuando un volumen de tal magnitud tiene vocación divulgadora.

La obra es, sin duda, ambiciosa en el tema, en el alcance temporal y en el área geográfica que abarca. Tal como confiesa el autor, el compromiso era continuar *Señores y vasallos del siglo XXI* (2004) y centrarse en los dos mandatos del presidente George Bush Jr. y en las dos guerras en las que se enfrascó. De hecho, el foco es la transformación y evolución del poder mundial, de las relaciones internacionales y de los conflictos armados, especialmente en lo que respecta a la relación entre Occidente y los países árabes y musulmanes. Pero llegó la primavera árabe y, con ella, se desencadenaban unas dinámicas políticas y sociales que clamaban ser incluidas. A diferencia de muchas publicaciones surgidas al calor de las revueltas árabes, esta no es oportunista, sino fruto de la reflexión y el análisis reposado del historiador, y resulta de lo más oportuna para explicar los avances y retrocesos que experimenta hoy el mundo árabe y musulmán.

Así pues, hay tres acontecimientos que marcan el texto: la desaparición de la URSS; los cambios en las relaciones internacionales y en la naturaleza de los conflictos, especialmente con el auge de al-Qaeda, y la primavera árabe. Todo ello sin olvidar las dinámicas que se establecen en la relación entre Occidente y el islam, y la evolución de las percepciones desde la proclamación de la República Islámica de Irán en 1979.

¿Por qué empezar con la crisis de los rehenes y la recién nacida República Islámica? Por una parte, porque uno de los errores más frecuentes al interpretar la actualidad es hacerlo desde una perspectiva inmediata, que conduce a análisis erróneos o poco duraderos, especialmente cuando el objeto de estudio se ha convertido en una diana en constante movimiento. Por otra parte, porque el cambio de paradigma en el mundo islámico bien podría situarse en la Revolución Iraní, que rompe con todos los esquemas de la Guerra Fría: «La República de Jomeini representaba una tercera vía, basada en el islam, que se distanciaba tanto del comunismo como del capitalismo». Este antecedente era imprescindible para explicar los 30 años de enemistad entre Estados Unidos e Irán que relata la obra. Además, en la necesidad de «contener» a Irán se basa la arquitectura de

seguridad de la región del Golfo que, históricamente, ha tejido estrechos lazos entre las monarquías conservadoras y Estados Unidos. Una arquitectura que, en los últimos meses, ha visto sus cimientos temblar con el Acuerdo de Ginebra sobre el contencioso nuclear, que debería propiciar una «resocialización» de Irán, una mayor cooperación en la pacificación regional, desde Afganistán a Siria, y una nueva relación de fuerzas en Oriente Medio.

Pero tres décadas antes, el temor frente al potencial de seducción del proyecto de Jomeini desembocó en una alianza contra natura entre Estados Unidos, las monarquías del Golfo y la URSS para que Iraq se enfrentara a Irán, al tiempo que se desarrollaba una contienda clásica de la Guerra Fría en Afganistán. Es la década del triple juego (sucio) estadounidense: apoyar a los muyahidines en Afganistán, a Saddam Husein contra Irán y al mismo tiempo suministrar armas a Irán en secreto para financiar la contra en Nicaragua. La búsqueda de beneficios a corto plazo es una de las características que tendrán los cálculos en política exterior de la época. Los países que instigaron las contiendas obtuvieron algunos réditos: consiguieron debilitar tanto a Iraq como a Irán con una guerra de desgaste y, en Afganistán, la lucha contra el Ejército Rojo precipitó el fin de la URSS. No obstante, las consecuencias perversas se multiplicaron posteriormente: el fomento del extremismo sunní para contrarrestar al comunismo y al chiismo iraní acabó por engendrar al-Qaeda; las armas que se vendieron a Saddam Husein, entre ellas armas químicas, serían primero utilizadas contra las tropas iraníes y luego contra kurdos y otras minorías, especialmente durante la campaña genocida de al-Anfal; y se desencadenaría el auge del sectarismo y de las reivindicaciones étnicas y religiosas. Afganistán, tras la retirada soviética, quedó en manos de los señores de la guerra y de una población exiliada en Pakistán que sería caldo de cultivo del radicalismo talibán.

La caída del Muro de Berlín en 1989 y el colapso de la URSS en 1991 simbolizan una ruptura con el viejo sistema de Estados y el nacimiento de un nuevo orden internacional que, según el autor, aún se está configurando. Se pasa del orden bipolar al unipolar, desaparece el enemigo absoluto y Estados Unidos tiene campo abierto para extender su influencia. La guerra de Kuwait de 1991 y la implicación de la coalición internacional encarna esta nueva hegemonía mundial. La derrota de Saddam Husein pone fin a una potencial amenaza para Israel, Estados Unidos y la estabilidad regional, y sirve para reactivar la industria armamentística occidental.

Con el cambio de paradigma llega la era de Bill Clinton y del *soft power*, la nueva estrategia basada en un imperialismo suave y una política exterior dedicada a la construcción de naciones (ya se trate del intento fallido en Somalia, de los Balcanes, de Kosovo o de las negociaciones entre palestinos e israelíes). En 1993, Bill Clinton apadrina la firma oficial de los Acuerdos de Oslo I, el retorno de Yásir Arafat a territorio palestino, el Acuerdo de Paz entre Israel y Jordania y los Acuerdos de Oslo II, símbolo del éxito político de su presidencia. A partir de ahí, el proceso se tuerce y el acuerdo definitivo se resiste. La última gran oportunidad se desarrolla en Taba en enero de 2001, sin Clinton pero con sus «parámetros».

Pero ni Yásir Arafat ni Ehud Barak se comprometen por temor al rechazo por parte de sus poblaciones y a poner en peligro su futuro político. Tras la elección de Ariel Sharon en Israel y con George Bush hijo en la Casa Blanca, el empeño por llegar a una solución se diluye. La realidad sobre el terreno acusa la tensión internacional y la obsesión por la lucha contra el terrorismo que deriva del II-S.

Y es precisamente el II-S lo que da rienda suelta a los postulados neoconservadores en la política exterior estadounidense: para hacer frente a las redes terroristas y los Estados fallidos (*rogue states*) y exportar la democracia liberal, el *soft power* no es suficiente. Según Robert Kagan, la potencia hegemónica debe actuar unilateralmente, usar la fuerza para garantizar el orden y la paz mundiales, defender sus intereses y actuar como una «democracia armada». Sin embargo, esta visión del mundo no tiene en cuenta la multidimensionalidad del nuevo poder mundial definido por Joseph Nye y Alexandra Scacco: el poder militar (encarnado por Estados Unidos); el poder económico (multipolar); y unas relaciones transnacionales que escapan al poder estatal (como los flujos financieros o las redes terroristas). Este desacople entre la interpretación del mundo *neoon* y la naturaleza del nuevo poder mundial explica los descabros políticos de esta primera década del siglo XXI: George W. Bush abraza los postulados *neoon*, valida las tesis del *Choque de civilizaciones* de Samuel Huntington y utiliza la fuerza militar en dos guerras convencionales, Afganistán e Iraq, y en ambas queda patente que su interpretación del poder funciona para hacer la guerra, pero fracasa en la ocupación posterior.

La primera guerra *neoon*, Afganistán, permite a Estados Unidos asegurar la ruta hacia las repúblicas centroasiáticas, ricas en reservas de oro, plata, uranio y paso de los hidrocarburos sin depender de Rusia. Sin embargo, el fin de la guerra no ha significado el fin de la violencia y la reconstrucción parece imposible por la persistencia de la insurgencia talibán y de al-Qaeda, por la violencia de los señores de la guerra, la ambigua posición pakistaní, el desinterés de la comunidad internacional y los fallos de las fuerzas de intervención extranjeras, así como por la corrupción y debilidad del gobierno de Hamid Karzai. Paradójicamente, la ansiada retirada de tropas extranjeras parece que solo podrá producirse mediante la negociación con los ahora llamados «talibanes moderados» (moderados porque estarían dispuestos a negociar el poder con el gobierno de Karzai y sus aliados, no porque sus ideas o prácticas sean más «moderadas» o más respetuosas con los derechos humanos o las libertades).

La segunda de estas guerras, sin legalidad ni legitimidad, es la de Iraq. Muy acertadamente, el autor pone énfasis en el desarrollo político posterior a la operación militar que ayuda a comprender el actual clima de inestabilidad y violencia diez años después del inicio de la guerra y terminada la ocupación. Aparte de las fracturas producidas por años de represión, exclusión y violencia del régimen de Saddam Husein, el proceso político impulsado por la Coalición promovió un sistema de cuotas que fomentó las divisiones étnicas y religiosas. La inseguridad, la brutalidad de la ocupación, el auge del sectarismo y la violencia de al-Qaeda, implantado especialmente en el llamado *triángulo sunní* de al-Anbar,

llevó a Estados Unidos a adoptar la estrategia, no del todo exitosa, de diálogo con las tribus sunníes para combatir la espiral de violencia en la que está entrando el país. Las últimas tropas estadounidenses salieron de Iraq en 2011 con la resignación de que la política exterior neoconservadora había conseguido exactamente lo contrario de lo que se proponía.

En cuanto al terrorismo, Segura recoge la propuesta de Jean-Pierre Filiu sobre las nueve vidas de al-Qaeda (son nueve como las de los gatos franceses, que disfrutaban de dos vidas más que nuestros felinos), y en esta novena vida al-Qaeda tiene mucho menos poder frente al fenómeno del «yihad local»: las motivaciones «locales» son las que generan mayor capacidad de reclutamiento y son las ramas que se han fortalecido en los últimos tiempos. Este fenómeno se manifiesta actualmente en Siria, donde «yihadistas globales» y «yihadistas locales» mantienen las distancias. Así, la rama local vinculada a al-Qaeda, Jabhat al-Nusra, cuyo principal objetivo es derribar al régimen sirio, no aceptó fusionarse con el Estado Islámico de Iraq y el Sham (ISIS), que pretende establecer un califato entre su zona de influencia en la provincia iraquí de al-Anbar y el norte de Siria, donde ha arrebatado o disputa territorios a los rebeldes sirios.

El tercer eje del libro, la primavera árabe, se introduce con una descripción de la naturaleza y evolución de los regímenes árabes. En «los aliados de Moscú», Segura repasa desde el primer intento de transición política en el Magreb que supuso Argelia, pasando por la instauración de la República de las Masas de Gaddafi y su tardía reinserción en la comunidad internacional propiciada por el II-S y la lucha contra el terrorismo —equiparada con la estrategia represiva y «erradicacionista» que habían empleado muchos gobernantes árabes para limitar el auge del islam político en sus respectivos países—, hasta llegar a un Iraq debilitado en 2001 por sanciones, embargos y ataques aéreos, y a Siria, cuya relación con Moscú —crucial hoy en día para la supervivencia del régimen de Al-Asad— se remonta a los años 80.

En cuanto a los aliados de Washington, el autor señala cómo la expansión del wahhabismo promovido por Arabia Saudí para contrarrestar a los regímenes socialistas árabes ha acabado transformándose en la actualidad en el apoyo —financiero, logístico y moral— a los grupos salafíes politizados tras la primavera árabe. Sin olvidar los estrechos vínculos que forjaron los militares egipcios con Estados Unidos, donde se forman sus altos mandos y de quien reciben ingentes ayudas económicas, instaurando así una relación íntima con la cúpula militar y unas élites civiles vinculadas al sector público y privado que, en julio de 2013, han estado detrás del golpe que derrocó al presidente electo Mohamed Morsi tras movilizaciones masivas. Es el efecto de la contrarrevolución, con epicentro en Riad, que ha tenido su máxima expresión en Bahrein, pero que se ha dejado sentir en otros países, como en Egipto en forma de ayudas al gobierno surgido del golpe militar.

El autor analiza los antecedentes, motores y catalizadores de las revueltas. Habla de demografía, desempleo, corrupción, falta de libertad, represión y desigualdad social y económica. Presta atención a los medios de comunicación,

redes sociales, movimientos de jóvenes y, a diferencia de muchos ensayos, concede el merecido crédito a los movimientos obreros. En sus propias palabras, «será un proceso largo, con avances y retrocesos, y del que solo puede afirmarse que será irreversible, porque la geopolítica de África del norte y de Oriente Medio ya nunca volverá a ser la misma». De hecho, el equilibrio de poderes ha ido cambiando notablemente en los últimos tres años. De un Qatar convertido en estandarte del apoyo a la revolución mediante petrodólares y Al-Yazira (ejemplo indiscutible de *soft power*) a una Arabia Saudí que recupera terreno frente a su rival qatari (en Egipto apoyando a salafíes y militares, en Siria apoyando a determinados sectores de la oposición en detrimento de otros, etc.) y que ve amenazada su posición por un Irán en plena redención.

«Hemos de permanecer al lado de la historia», sentenció Obama ante la Revolución de Tahrir. Al final, su lado ha sido el del ejército que «dejó» caer al faraón Hosni Mubarak asegurándose de que el «Estado profundo» (ejército, instituciones, burocracia «mubarakista», estamento judicial...) permaneciera y se iniciara un proceso en el que las formas de legitimación quedaran en entredicho. ¿De dónde procede la legitimidad de un gobernante: de las urnas, del apoyo en la calle o de su ejercicio del poder? Tras las movilizaciones del 30 de junio de 2013 en Egipto y el golpe militar del 3 de julio, el proceso político pretende validarse por las urnas, pero su legitimidad es cuestionable ante la exclusión de una parte de la sociedad y de la clase política, tanto afines a los Hermanos Musulmanes como críticos con el poder militar.

En definitiva, el fin de la Guerra Fría no ha supuesto un incremento de la conflictividad armada. El arsenal ideológico de entonces ha sido sustituido en muchos casos «por formidables construcciones (o más bien reconstrucciones) culturales de matriz religiosa, cultural-lingüística, étnica u otras, como fuerzas de movilización colectiva». En el caso del mundo árabe, esta nueva matriz se explica también por cierto fracaso del modelo de Estado poscolonial y de las ideologías de la época que han cedido espacio frente a unas reivindicaciones que, a menudo, traspasan fronteras y acercan grupos y comunidades con motivaciones similares. Como demuestra el caso de Siria, en las nuevas guerras hay más víctimas civiles, atentados indiscriminados, combatientes difusos, estrategias de limpieza étnica, mercantilización bélica, mayor desterritorialización y nuevas formas de guerra.

El libro demuestra que nada, o casi nada, es fortuito. Habrá que ver cuál es la evolución de los procesos de cambio social y político en marcha y cómo evolucionará el nuevo marco geopolítico regional tras el principal éxito de la política exterior de la Administración Obama, el acuerdo con Irán. El año transcurrido desde que Antoni Segura terminara de escribir el libro lo atestigua: el futuro no está escrito y está en sus manos, entre otras, escribirlo.

Lurdes Vidal Bertran, Instituto Europeo del Mediterráneo (IEMed).

